

Puede que lo que sigue no resulte adecuado. Es una vieja leyenda del mundo de Lōshdrowl, en el continente de Solmin, transmitida de padres a hijos bajo la noche del desierto en las Ardientes Arenas.

Transcurre muy al norte. Sobre una inmensidad de arenas doradas, entre las dunas bajo un sol de justicia. El protagonista es un cofre de madera. Madera, junturas de hierro, y un increíble montón de riquezas en su interior.

Todas ellas habían sido prometidas a un señor de la guerra, un temible mercenario. Todo lo que tenía que hacer para conseguirlas era destruir a la horda de Quelni, algo que ningún hombre había conseguido.

La horda, casi veintemil soldados habían cruzado la mitad del desierto como una tempestad, dejando tras de sí las ascendentes columnas de humo de tres ciudades arrasadas. Siete batallas en total, una en cada ciudad y cuatro más a campo descubierto y no habían sido derrotados, ni siquiera desviados del camino a Kalem'toonai, la joya de las Ardientes Arenas, la ciudad que rivalizaba en comercio con la propia Quelni y la gran Teehjas la mayor de todas las ciudades de Falso Oro del desierto del Rahara.

Ahora estos soldados avanzaban inexorablemente. Ya casi tenían el premio al alcance de la mano, solo una prueba les quedaba por superar. Un señor de la guerra, un mercenario y su exiguo ejército, apenas veinte guerreros.

El que los desafiaba aguardaba gallardamente sobre una de aquellas extrañas bestias jorobadas. Iba envuelto en las oscuras telas de los habitantes de esas tierras y su mirada era igual de penetrante.

Ninguno de la veintena dijo nada, solo se limitaron a permanecer totalmente pertrechados pero con las armas enfundadas, observando como las filas de soldados avanzaban hacia ellos.

Era algo sobrecogedor, una marea negra que cubría las dunas dejando tras de sí un rastro de sangre y destrucción que avanzaba confiada, pues sus exploradores les habían informado que el camino a su premio estaba despejado, que las pequeñas colinas que formaban el valle por el

que ahora marchaban estaban despejadas, que ningún ejército les esperaba emboscado.

Por unos instantes el jinete que se recortaba sobre la duna bajo el sol de medio día, el señor de la guerra cuya bandera mostraba la figura de un zorro, pareció evaluar las fuerzas enemigas. Después golpeó con el talón el costado de su abominable montura y la dirigió hacia el frente, dejando atrás su hilera de guardaespaldas.

En ese momento, bajo su atenta mirada ocurrió algo increíble.

El suelo desapareció bajo la horda Quelni, la arena se deslizaba bajo los pies de los soldados, cayendo a las profundidades de un enorme pozo con un enorme chillido procedente del la más terrible de las abominaciones, los hombres, una centuria entera, cayeron aullando de sorpresa por las traicioneras pendientes de arena hacia unas enormes fauces babeantes, tan grandes que podrían devorar un edificio entero. El suelo se abrió en otros sitios, más bocas aullaron con satisfacción bestial, más hombres se precipitaron a la muerte. Torres de gelatinosa carne viviente lanzaron toneladas de arena al cielo al despertar y aplastaron a los hombres al volver a caer o los empujaban con avidez hacia la boca llena de cadáveres. Más y más tentáculos surgieron del suelo mientras remolinos de arena se abrían rodeando enormes fauces al despertar a la consciencia el resto de bestias enterradas. Las ardientes arenas se tiñeron de la oscura sangre de los soldados del desierto. Los líderes de la horda comprendieron por qué nadie había intentado detenerlos a solo unas jornadas de Kalem´toonai, habían sido engañados, conducidos a una madriguera de los hijos de Sibioist, los reyes de la destrucción, los temidos kraken de la arena. Muchos de los invasores, demasiado aterrados para luchar o escapar volvieron sus armas hacia sí mismos y se dieron muerte. Otros intentaron luchar como lucharían contra otros hombres, con lanzas y espadas pero el gigantesco cuerpo de las bestias estaba a salvo, enterrado a muchos pies bajo tierra llevando la cosecha a sus mandíbulas con los tentáculos.

En apenas unos minutos aquel pandemónium redujo la horda a apenas un puñado de individuos que consiguieron escapar de la voracidad de las bestias manteniéndose como pudieron sobre sus aterrorizadas monturas que huían al galope sin mirar atrás.

El mercenario hizo dar media vuelta a su montura con una última mirada a los muertos y se alejó seguido de los suyos. Tras él quedaron los despojos de la horda Quelni, mientras cuervos y chacales se preparaban para el banquete ahora que los principales predadores estaban ya saciados.

Un día más tarde los exploradores de Kalem'toonai habían retornado a la ciudad portando la noticia de que los miles de enemigos yacían a media jornada totalmente aniquilados. Dieron el informe de lo que habían visto con ojos incrédulos por el horror y cuando terminaron el Senado que regía la ciudad hizo pasar al mercenario que ostentaba el nombre de Raposo.

Entró envuelto en las ropas del desierto. La estancia era oscura y sombría por lo que ninguno de los senadores-profetas pudo discernir nada sobre su persona. Todos ellos habían visto los suyos en cuestión de las más oscuras nigromancias, pero ninguno había esperado que aquel afamado mercenario tuviese el poder suficiente como para abatir a la horda de un plumazo.

El profeta del Pasado y el ardiente Amanecer se incorporó en deferencia al extraño hombre que aguardaba en la oscuridad. Había algo raro en él, algo que no estaba bien, pero el señor de Kalem'toonai no conseguía descifrar ese enigma.

Iba a abrir la boca para felicitarle cuando este anunció:

- La horda invasora ha sido destruida. Los hijos de Quelni yacen muertos en vuestro desierto.

A pesar de las penumbras de la sala los otros seis líderes pudieron ver como los colores ascendían a las mejillas de su compañero. Aquello acababa de suponer un insulto, la milenaria tradición dictaba que el señor del ardiente Amanecer debía ser el primero en hablar.

- ¿Cómo habeis dicho?- masculló entre sus rechinantes dientes.

- He destruido la horda Quelni. Chacales y buitres gozan de un gran banquete en las dunas.

Había algo extraño en la voz de aquel desconocido, los senadores intentaban dilucidar qué era, pero las vestiduras que le tapaban la cara conferían a sus palabras un toque fantasmal que encubría lo que quiera que fuese que estaba mal.

El mercenario permaneció de pie, en el centro del hemiciclo, ante los tres poderosos señores y su corte.

- ¡Por la Montaña de Hierro Negro!- rugió el señor del Presente y el largo Día rompiendo el tenso silencio – seréis recompensado como se prometió – y dando una palmada cuatro hombres desnudos con la cabeza rasurada excepto por el mechón que los delataba como esclavos surgieron de una puerta lateral portando un gigantesco cofre cargado de riquezas.

A un gesto de Raposo dos de sus guardaespaldas avanzaron hacia el tesoro y lo levantaron como si nada ante la incrédula mirada de los esforzados esclavos. Con un taconazo y una leve reverencia dio media vuelta y caminó hacia el exterior de la sala.

- Esperad – ordenó el profeta del Pasado – como nos habeis informado gracias a vuestros esfuerzos la ciudad de Quelni ha quedado desguarnecida.

El mercenario se detuvo, aunque no se volvió.

- Escucharé vuestra propuesta.

Los profetas del Presente y del Futuro se miraron entre ellos, en ese momento les asaltaban las dudas, pero era el portavoz del Pasado quien tenía la palabra y él no las compartía.

- No se que demonios abisales os patrocinan y luchan por vos en el campo de batalla, pero estoy seguro de que nos podrían ser muy útiles en la represalia que vamos a realizar contra los invasores, con vos a vuestro lado no deberíamos preocuparnos de que Teehjas quisiese aprovechar la situación y terminar lo que Quelni no ha podido hacer.- El profeta se había levantado, buscando alguna reacción en el mercenario, pero este no se movió ni un ápice seguía dándole la espalda.

Realmente ofendido tomó asiento mascullando improperios. A su lado el profeta del Presente le puso la mano en el antebrazo recomendándole paciencia.

La profunda voz del Señor del Futuro y el helado Ocaso retumbó haciendo aun más patente la tensión de la sala.

- Diez cofres como el que tus hombres llevan si lideras nuestros ejércitos en la invasión a

Quelni, un trabajo fácil y muy bien pagado.

Por unos instantes el mercenario consideró la propuesta. Sin duda con él al mando la ciudad estaría condenada, Antes sus ojos los Profetas se hincharían como sapos regocijándose en la destrucción de una nación indefensa.

- No.

El profeta del Pasado explotó de rabia.

- ¡Estoy harto de vuestros desplantes e insultos! Estáis en Kalem'toonai, "mi" ciudad (se oyeron dos carraspeos ofendidos) y vais a pagar por vuestras ofensas.

Llamó a la guardia a gritos y veinte hombres armados con lanzas y pesadas lorigas de bronce se precipitaron por una puerta oculta.

Raposo dio media vuelta sobre sus pies, ofreciéndoles el perfil, todos los profetas sintieron los ojos relucientes como dos joyas en las profundidades de la capucha. De repente pareció como si la temperatura de la sala hubiese bajado hasta equipararse con la de una tumba mientras las antorchas se oscurecían una a una como si un gélido viento las apagase. Los soldados retrocedieron hasta la puerta de la que habían surgido. Las armas cayeron al suelo y los hombres cayeron en posición fetal, gimiendo de un miedo cerval que había penetrado en sus corazones. Era el viejo temor a la oscuridad que todo hombre aprendía a ocultar al hacerse adulto, pero en ese momento, ante aquel mercenario todas las barreras y mentiras habían caído y el hombre enfrentaba su alma desnuda a todos sus temores.

El mercenario salió de la sala, escoltados por sus dos hombres que portaban el cofre que en ningún momento habían soltado.

Cuando se recobraron los hombres del senado descubrieron al señor del ardiente Amanecer inmóvil con los ojos espantosamente abiertos y una mueca de miedo cerval en su desencajado rostro. Muerto.

- ¿Lo perseguimos?- preguntó uno de los oficiales sin mucha convicción.

- No.- dijeron al unísono los dos profetas que restaban incapaces de retener un castaño de terror

irracional.- dejad que se vaya.

Y nadie discutió la orden.